

que despiertan reflexiones escépticas, críticas amargas de la vida, desencantos, quizá euforias de crudo existencialismo. Tal vez la voz que anhela desatar las costuras a la herida, crisper los nervios. De cualquier modo, al solo le queda la palabra, con ella puede liberarse o atarse por siempre. Algunos las anudan para lanzarse seguros al vacío, otros para ahorcarse. Diego Marín —el lector tendrá que responderse por cuenta propia— ¿para qué las usa? Por mi parte, contestaría citando *Pudores*, texto de *Ventana de tiempo*:

*Hay cosa que nadie sabrá,
ni siquiera el poema
donde están escritas;
ni siquiera el cuerpo
donde se vaciaron;
ni siquiera la tierra
que lo sabe todo.
Cosas que son,
desde este instante,
como un clavel rojo
sobre la tumba sola.*
[pág. 195]

GUILLERMO LINERO MONTES

Toda la ciudad llueve en casa

Veraneras

Carlos Fajardo

Si Mañana Despierto Ediciones, Santafé de Bogotá, 1995, 52 págs.

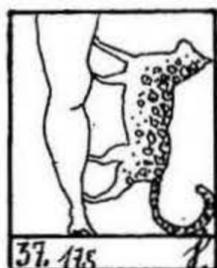
Atlas de callejerías

Carlos Fajardo

Trilce Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 85 págs.

Acerca del primer libro de Carlos Fajardo, *Serenidad sitiada* (Si Mañana Despierto Ediciones, 1990) el poeta peruano Edgar O'Hara registró algunas claves o constantes que en el proceso de escritura de Fajardo se han mantenido como marcas de estilo —para bien o para mal— en su segundo y tercer poemarios, *Veraneras* y *Atlas de callejerías*. Según el maestro O'Hara, estos puntos cardinales son:

1. "La palabra que se quiebra por obra de una angustia superior al ánimo de amasarla".
2. De allí que el crítico califique al poeta no de escritor de dicho libro sino de "hablante del libro".



3. Escritura como deseo ("la confluencia de deseo y palabra se resiente cuando se mezcla la función protagónica de cada uno").
4. El peligro final radica en tropezarse en medio de la literatura con lo literatoso (bellos versos en medio de ladrillos retóricos que ahogan el poema).
5. Concluye O'Hara como premonición de lo que serían su segundo libro (cinco años más tarde) y su tercer libro (siete años más tarde): "La ciudad es una pantalla por la que discurren estos personajes, incluido el lenguaje. Parir un poema en la ciudad, ¿equivale a darle una voz ciudadana? Carlos Fajardo tendrá que soñarla y asumirla (Boletín Cultural y Bibliográfico, núm. 27, 1991).

Pasados siete años y después de dos nuevos ensayos, el poeta vuelve a su punto de partida: sueña pero no asume en la escritura dicha ensoñación. El "sueño lúcido" de una escritura rigurosa, digerida, se esfuma:

*Allí sólo he amado lo que perdí:
la paciencia de ser cada vez más
/ audaz
la locura por una palabra que
/ jamás conquistaré
este deseo de poseer el mundo
/ entero.*
[Álbum secreto, *Veraneras*, pág. 9]

Si, como afirma el lingüista Frank Smith, es necesario "leer como escritor", para

el caso cabría también la afirmación de que hay que "escribir como escritor". El alcance de la imaginación es verbal. Carlos Fajardo es el "hablante del libro", afirma O'Hara. Fajardo escribe como habla; no es gratuito que el crítico haya identificado en su oralidad el tono costeno del autor: "cumbiambero —pura vida, chico—". Cumbiambero no, salsero: "Esa ciudad tiene nombre de santo, / de un tal Santiago".

Baila el negro del batey

[...]

*Todos se lanzan a bailar hacia la
/ calle
entre charangas y bongoes
bajo el azote juguetón del viento.*
[De charangas, *Veraneras*, pág. 41]

Pero el entusiasmo oral pierde toda fuerza en el papel. El lector baila a otro ritmo. El ritmo en que baila el lector es verbal.

El respeto por la imagen se pierde cuando ésta se convierte en fórmula, en guiño retórico (armazón lingüística, mas no estructura lingüística):

*A ver, calle de siempre, si das por
/ fin algunos disparos
al corazón de la ciudad que hoy
/ te olvida.*
[Calle de la escopeta, *ADC*, pág. 15]

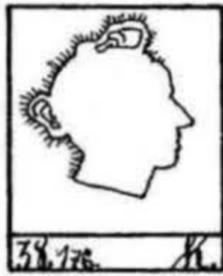
*¿Qué podré decir de ti?
Estás quieta ante mis ojos que no
/ te bastan.*
[Calle de Óscar Rizo, *ADC*, pág. 17]

*Calle de machos ya idos y vueltos
/ en ensueño,
cómo pasa la aristocrática
/ sociedad de los frustrados
en busca de la dama que en ti no
/ entra.*
[Calle de los machos, *ADC*,
pág. 31]

Estos versos muestran el simple gusto por lo ornamental, por lo declamativo, por lo "literatoso". El peregrinaje de Carlos Fajardo por las casas, calles, barrios, plazas, esquinas, queda trunco en el lenguaje. La intención semántica (suceder ficticio) queda ahogada en la intención formal (expresión estética). Que el peregrinaje por la ciudad sea

superficial o profundo no depende del deseo sino de la manera como se aluda. El *tour* es verbal. Ya lo puntualizaba Alfonso Reyes: "El poeta no debe confiarse demasiado en la poesía como estado del alma, y en cambio debe insistir mucho en la poesía como efecto de las palabras. La primera se le da de presente: los dioses se lo otorgan de balde, dice Valéry. Lo segundo tiene que sacarlo de sí mismo".

El matrimonio sagrado de Carlos Fajardo con la ciudad ("Mi novia es esta ciudad") sólo se dará cuando el poeta asuma una voz ciudadana: "Serenos en la expresión aunque por dentro arda" (pág. 71). Rescato finalmente de los dos libros un texto marginal como *Monólogo del callejero*, porque quizá sea el mejor ejemplo de lo que implicaría elaborar un atlas de la ciudad como un "cartógrafo mayor". En este último apartado del libro *Atlas de callejerías*, compuesto de seis partes, se conjugan: la imaginación (unidad creativa) y el lenguaje (unidad lógica). Prosa poética densa que recuerda a un Juan Manuel Roca en sus mejores *Monólogos*. En ella se encuentra la voz ciudadana de un poeta ya despojado, "cartógrafo mayor" en un "atlas mayor":



*Toda la ciudad llueve en casa.
[...]*

*Tengo la iluminación desde
/ adentro. He nacido con ella
y es el asombro una inquietud
/ constante que sin esfuerzo
me alumbra hasta dar miedo.*

*Todo se alza y se derrumba: las
/ catedrales, las tiendas,
los palacios en estas modernas
/ construcciones y detrás
de todo también se derrumban las
/ almas.*

*Soy mensajero de esta
/ glorificación sin gloria.
[Monólogo del callejero, ADC,
pág. 84]*

JORGE H. CADAVID

Amazonas en el alma

Desolación de la lluvia

Antonio Correa Losada
Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá,
1996, 136 págs.

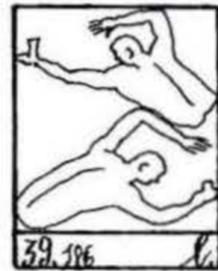
Tres libros de Antonio Correa Losada (Pitalito [Huila], 1950) se integran en este volumen: *El vuelo del cormorán* (1989), *Húmedo umbral* (1992) y *Desolación de la lluvia* (1996). Éste último recoge su última producción poética (*Desolación de la lluvia*, 25 poemas, y *De pronto oscurece*, 20). Con él se da comienzo a este nuevo libro.

Los dos primeros han pasado por una rigurosa selección para integrarse al presente poemario. El último conforma la experiencia vital del poeta durante sus últimos años. Esto quiere decir que tenemos entre manos un tomo depurado con la mejor muestra de una de las mejores voces poéticas actuales nacidas en el Huila.

Antonio Correa Losada siempre ha trasladado a su poesía los lugares que habita y lo habitan. Los asume con tanta sensibilidad que ellos inundan su expresión literaria y demuestran la eterna afirmación de que la realidad es motor de la expresión poética, como afirmara Rilke. Paisajes y sensaciones del Huila, México o Ecuador se perciben en sus primeros libros, y el Amazonas, donde cumpliera una notable labor cultural en el último decenio, se hace verso en el libro que ahora nos ocupa.

Además, su acercamiento espiritual a los lugares que le han tocado en suerte le ha permitido conformar un universo muy personal, diferente de las voces que en Colombia ocupan, muchas veces sin derecho propio, el Olimpo lírico de antologías, revistas y periódicos.

Antonio se desenvuelve fácil en sus primeros desdoblamientos. Pero hay que ser lector atento para descubrir las claves de su intención poética. Los animales que pueblan sus primeros libros esconden un hálito erótico que, una vez captado, enaltecen a quien lo recibe y, por supuesto, al poeta y al poema.



*El monstruo cabecea y frena ante
/ el abismo
y un líquido desciende del cuello
/ de la bestia
[Amante, pág. 109. De *El vuelo del cormorán*]*

*Silencioso me aferro a la ventana
y derrito en mis dedos
el rojo elefante del deseo
[Un día limpio y azul, pág. 77. De *Húmedo umbral*]*

Desolación de la lluvia nos sumerge paso a paso en un mundo exótico, una especie de aventura, corporal, física, que se torna poesía. Es como una aventura sensitiva en que se ponen en juego todos los sentidos: el olfato, en la percepción del olor a peces, ambientes y comidas; la piel, con el calor y la lluvia, que incansables golpean nuestro cuerpo como símbolo de eternidad; el oído en la sutil armonía de sonidos que contienen la selva y ese mundo urbano incrustado junto al río; y la vista, con esos paisajes de desmesura y desolación, al mismo tiempo, como llegar a donde empieza el mundo y a su vez termina.

Esto, por decirlo así, constituye la piel del poemario: toda sensación marcada por el asombro.

Tratemos de ejemplificar la explosión de los sentidos: